

LIBRO

HELENE CARRERE D'ENCAUSSE:
EL PODER CONFISCADO.
*GOBERNANTES Y GOBERNADOS EN LA URSS**

Roberto Durán**

Uno de los temas más controvertidos y controvertibles de la ciencia política contemporánea es el análisis de la estructura y funcionamiento del sistema político soviético. El difícil acceso a información fidedigna respecto de su conformación, las dificultades que implica el estudio de sus diferentes aspectos y variables, el papel que juegan los factores personales y grupales en la élite dirigente, la funcionalidad y disfuncionalidad que en los ámbitos institucional e ideológico asume la relación Estado-Partido y, finalmente, la proyección mundial y regional de la Unión Soviética constituyen el eje fundamental de la obra que comentamos, y en estricto rigor es también el punto central de la soviología moderna. Es preciso distinguir la existencia de dos escuelas predominantes en los estudios soviéticos; por un lado están los estudios realizados en centros académicos norteamericanos, los cuales enfatizan el análisis del comportamiento de la política exterior de la URSS y sus implicaciones en materias político-estratégicas. Por otro lado, está la tradición de la soviología europeo-occidental, la cual se ha desarrollado in extenso en universidades francesas, británicas y germanoccidentales. El enfoque de esta última escuela difiere de la norteamericana en dos aspectos: en primer término, los europeos occidentales no perciben el fenómeno soviético como algo extraño a su propia historia, habida cuenta que la URSS es, además de una superpotencia mundial, una potencia europea. En diversas formas, el futuro de la Unión Soviética se encuentra ligado a la suerte del continente

* Emecé Editores S. A., Buenos Aires, 1983.

** Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

europeo, y el simple hecho de compartir un contexto geográfico influye enormemente en la soviología europeo-occidental, sentimiento del que obviamente no está imbuida la vertiente norteamericana. En segundo lugar, las investigaciones soviológicas norteamericanas y europeooccidentales enfatizan aspectos y o factores distintos, privilegiando las primeras el papel de la URSS como superpotencia en el plano de la política mundial, en tanto que las segundas propugnan una dimensión sociológico-histórica en el plano del contexto europeo. En realidad, ambos enfoques son enteramente complementarios y una visión de conjunto sobre el tema no puede eludir ninguna de las dos perspectivas, pero creemos pertinente esta aclaración a fin de ubicar la importancia y la trascendencia del trabajo de la profesora Carrère d'Encausse.

El primer capítulo está centrado en los fundamentos del pensamiento de Karl Marx acerca de la naturaleza del Estado y cómo éste se visualiza en el actual sistema político soviético. A juicio de la autora, en la perspectiva de Marx se superponen dos visiones sobre el Estado: una que opone a éste con la sociedad y otra en que el Estado es un permanente instrumento de la sociedad, particularmente el de la burguesía antes de la revolución y el del proletariado después de la misma. En este sentido, la "dictadura del proletariado" y la construcción de una sociedad sin clases aparecerían como una contradicción al tenor de la filosofía y teoría política del materialismo histórico, al menos en su interpretación más ortodoxa. Esta contradicción, sin embargo, no es más que aparente, ya que de una lectura sistemática de los textos de Marx, Engels y, posteriormente, Lenin, se desprende una concepción más pragmática del papel y uso del Estado por parte del proletariado, punto que es vital para entender la institucionalidad del Estado soviético durante la revolución de 1917 y su evolución hasta nuestros días. La dicotomía estado-sociedad no puede resolverse en el terreno de la discusión filosófica, por cuanto está inserta en la vasta tradición del pensamiento político de los revolucionarios rusos antes de 1917, años en los cuales la influencia del anarquismo era casi tan preponderante como la del materialismo histórico. Es Lenin quien, en forma drástica, desplaza esta polémica al terreno de la naturaleza del poder, ámbito en el cual se entrelaza la utopía de un sistema socio-político distinto del predominante en la Rusia de principios de siglo con la probabilidad real de instaurarlo. De ahí se desprenden la importancia estratégica del manejo estatal y la incidencia determinante que en él asume el Partido Comunista, tanto en la connotación ideológica de su conducción como asimismo en la forma en que se implementan sus procedimientos administrativos. La autora es demasiado sucinta sobre este punto, sobre todo en el trasfondo teórico y filosófico de la relación Estado-Partido, aunque vuelve sobre esto en capítulos posteriores, en especial cuando analiza las vinculaciones funcionales y estructurales de la cúpula gobernante soviética. Más adelante, en el mismo primer capítulo, la autora se extiende en una severa interpretación de la cul-

tura política stalinista, aduciendo la existencia de un sistema de estratificación social basada en tres grupos: personal político, trabajadores de la economía e inteligencia creadora (pág. 30). La importancia de los estímulos no materiales en una época política y económicamente crítica de la sociedad soviética y la manera en que éstos son instrumentalizados por el grupo gobernante que rodeaba a Stalin es uno de los puntos más lúcidos de este estudio. Es particularmente gráfica la relevancia que adquiere en ese período el acceso a la educación, indicador que servirá para discriminar el status social y político de los diferentes grupos que componen la sociedad soviética de entonces, discriminación esencial para entender cómo y quiénes tienen mayor o menor peso en las decisiones que se adoptan en esos años (págs. 35 y 36). No obstante esto, definido el acceso a la educación superior de una manera igualitaria para todos los ciudadanos de la Unión Soviética, en la realidad sólo acceden a ella grupos connotados, ligados a la élite gobernante por vínculos ideológicos y personales, no diferenciándose la URSS de esa época del resto de las sociedades liberales europeas de las primeras tres décadas de este siglo. La permanente "reestructuración" que vivía el sistema político y socio-económico soviético durante la autoritaria gestión de Stalin, creó condiciones psico-sociales de extrema tensión e inseguridad, lo cual reforzaba el llamado "culto a la personalidad" por un lado, inhibiendo, por otro, una recepción generalizada de los beneficios de una sociedad que se definía como igualitaria. Sin dejar de reconocer la sagacidad y la agudeza con que la profesora Carrère d'Encausse evidencia las connotaciones totalitarias del período stalinista, su análisis no incluye la influencia que durante el mismo adquiere el contexto internacional en el que se mueve la Unión Soviética, el cual le es extraordinariamente adverso; muchos soviétólogos concuerdan en otorgar a este factor una importancia gravitante, por cuanto ilumina otra faceta del endurecimiento político interno de la URSS, en especial durante los años 20.

A nuestro juicio, los capítulos III, IV y V constituyen el aporte más sustancial de este libro. La autora se adentra con rigor y minuciosidad en la no siempre transparente estructura de poder de la Unión Soviética, estableciendo un nexo coherente entre las dimensiones formales e informales de la estructura política de ese país y el papel que juega el Partido Comunista en el proceso de toma de decisiones. Asimismo, examina las condiciones educacionales y psicológicas de la élite gobernante y la manera en que ésta genera una peculiar inercia, la cual tiende a legitimar un estilo de conducción política y, por ende, a perpetuar a un grupo específico en las altas esferas del poder.

Tal como lo enuncia la profesora Carrère d'Encausse al empezar el tercer capítulo de su libro, el saber a ciencia cierta quién o quiénes gobiernan la Unión Soviética es la pregunta más obsesionante con la que se topan todos los especialistas y conocedores del proceso político de ese país. Para llegar a dilucidar con relativa certeza

cuáles son las piezas esenciales del engranaje político de la URSS, es necesario definir de partida los polos en los que se apoya la concepción soviética del poder: el pueblo propiamente tal, el Estado y el poder carismático y sin contrapeso del Partido (pág. 60). Existe un mecanismo de representación parlamentaria que es asumido por el Soviet Supremo y el Estado ejerce su autoridad mediante un complejo y muy jerarquizado sistema de gobierno, dotado de un conjunto de organismos e instancias administrativas de todo tipo y a todo nivel. Sin embargo, gran parte del andamiaje administrativo del aparato estatal y del peso concreto que tiene el Soviet Supremo, se pierde bajo la incontrarrestable influencia del aparato del Partido, lo cual invalida el poder nominal que se consagra constitucionalmente a la trilogía Pueblo-Estado-Partido. La preeminencia del Partido sobre las instituciones gubernamentales y parlamentarias se observa en dos planos; por un lado, la cúpula gobernante se mezcla con la cúpula partidaria por cuanto son las mismas personas las que gobiernan y las que ocupan cargos y puestos prominentes en el Partido. En segundo término, la preeminencia de la administración partidaria se verifica también en todos los niveles de la gestión estatal, asegurando una relación meramente informativa desde una instancia estatal hacia una similar en el Partido, pero impositiva desde la instancia partidaria hacia su homóloga estatal (pág. 69). Queda trunca, sin embargo, una explicación más cabal sobre esta subordinación en la que, lamentablemente, la autora no se explaya suficientemente. A nuestro juicio, el liderazgo carismático del Partido obedece a las atribuciones ideológicas que se le imputan específicamente como motor y vanguardia de la sociedad socialista, antesala de la sociedad sin clases, la sociedad comunista. En la medida en que la relación Estado-Partido otorgue mayor preeminencia al primero, ello automáticamente implicaría una reproducción permanente del esquema estatal clásico, lo que, además, implicaría una continuidad en la explotación del hombre por el hombre, toda vez que es el Estado el depositario del control político por una clase. A fin de quebrar este círculo vicioso, el materialismo histórico ha creado la figura de una dictadura del proletariado, tipo de gobierno que en el amplio contexto de la historia es circunstancial y de corta duración; con el objeto de no perpetuar una explotación que se continuaría verificando aun bajo condiciones sociopolíticas diferentes, el Partido controla la dirección del proceso, asumiendo la responsabilidad de encauzarlo y guiarlo por la "senda correcta". Por cierto, el carisma del Partido se ha rutinizado considerablemente en los casi setenta años de existencia de la Unión Soviética y la creación y mantención de una burocracia partidaria todopoderosa es el centro de las críticas más acervas que se producen contra el sistema soviético.

La élite política de la URSS se concentra en el Comité Central del Partido. Aparentemente, se tiende a creer que dicha élite es un grupo homogéneo y se olvida que la composición étnico-cultural de toda la Unión Soviética es de gran heterogeneidad, hasta el punto

que la propia Constitución asegura la existencia de un Soviet de las Nacionalidades, con similares prerrogativas que las del Soviet Supremo. El pertenecer a un determinado grupo nacional, a un nivel educacional distintivo, a un determinado ámbito profesional o funcional implica para cada miembro de esa élite un status concreto (pág. 137). En suma, el status de quien pertenece a la élite obedece a un sinnúmero de indicadores, todos del más diverso origen y entrelazados de una manera sumamente compleja. Ahora bien, el Comité Central ha ido ampliando su número de miembros conforme ha evolucionado la estructura política de la URSS, guardando alguna relación con el crecimiento de su población: de 23 miembros en 1918 se pasa a 511, estos últimos elegidos en el XXV Congreso de 1976. Este número se asemeja más a la de un Parlamento y no al gabinete que asesoraba las actividades del Partido en los años de la Revolución de 1917; de hecho, ésta es la labor que ha acometido el Comité Central desde la muerte de Stalin en 1952, lo cual implica una cesión de su poder e influencia en beneficio del Politburó y del Secretariado, verdaderos centros decisorios en el sistema político de la Unión Soviética.

Teóricamente, el Comité Central se vale del Politburó para ejecutar sus decisiones, pero en rigor el segundo actúa con casi entera independencia del primero en materias que dicen relación con los asuntos más esenciales de la sociedad soviética. El escaso número de sus miembros garantiza un mayor y mejor manejo que podría hacerse del Comité Central, manejo que es además asegurado por una duplicidad de funciones que este grupo ocupa también en el Secretariado del Comité Central (págs. 80-90). En el período que comprende de 1952 a 1970, una gran parte de los miembros del Comité Central pugnaron por ampliar el número de participantes del Politburó, especialmente para controlar y fiscalizar algunos que eran particularmente díscolos. Es así como de un promedio de 12 a 15 miembros entre 1918 y 1952, se eleva el número a 23 en 1980, llegando incluso a 36 en momentos de extrema crisis, como la planteada por la sucesión de Stalin en 1952. A pesar de la permanente presión por ampliar su número de copartícipes, el Politburó continúa siendo un órgano restringido, en el cual se concentra el poder real de la Unión Soviética y en el que cada uno de sus componentes pertenece en su mayoría a la primera generación educada en las postrimerías de la Revolución de 1917.

El Secretariado es también un órgano executor del Comité Central, pero en el ejercicio de su acción ejecutiva adquiere un poder tan omnímodo como el del Politburó. Igualmente restringido como aquél (pág. 83), el Secretariado, sin embargo, está más sujeto a renovaciones. En cierto modo, la composición del Secretariado evidencia las vehementes pugnas grupales y personales intrapartidarias, ya que en alguna medida refleja el tipo de coaliciones y la correlación de fuerzas que se desdibujan en otros ámbitos del Partido, particularmente en el seno del Comité Central.

La extraordinaria complejidad de la organización política de la Unión Soviética puede explicarse analizando el tipo y grado de influencia que se arroga una instancia decisiva, atribuida exclusivamente al Partido: la nomenclatura (págs. 130-138). Sucintamente, la nomenclatura consiste en el "derecho de fiscalización de que dispone el Partido sobre la atribución de un puesto que juzga importante" (pág. 130). Cada nivel y organismo del Partido y del Estado tienen su propia nomenclatura, siendo lógicamente más importante la correspondiente a la del Partido. A nivel personal, la nomenclatura significa una verdadera hoja de vida para el militante o para el funcionario, pero además es un sutil mecanismo de legitimación del cual se vale el Partido para promover o desplazar a los mandos intermedios de la administración estatal o la del propio Partido. No obstante existir una clara consciencia de la importancia que reviste la nomenclatura en la adjudicación y jerarquización de ciertos puestos públicos en la URSS, el contenido de ésta no es conocido, quedando éste bajo el celoso control de las más altas esferas del Partido, las que jamás han emitido publicación alguna al respecto. La autora subraya que los cargos relativos a la dirección política, a la gestión administrativa, a la economía y a la educación agrupan más de la mitad de la nomenclatura, lo cual denota la importancia del control ideológico que posee el Partido en la vida de la sociedad soviética en general.

La relación entre las fuerzas armadas y el Partido ha concitado un interés creciente en los estudios sobre la realidad política de la Unión Soviética y de ello hace fe el libro que comentamos. El grado de representatividad de los militares en los principales órganos de consulta y decisión es asimétrico; éste decrece notoriamente en el Comité Central, aunque guarda estrecha relación con la coyuntura internacional con la cual se enfrenta la URSS (14% de las bancas en 1939, 10% en 1956 y 7% en 1976) (pág. 74). Sin embargo, esta misma representatividad se mantiene constante en el Soviet Supremo (3,9 en 1962 y 3,6 en 1979) (pág. 158). Históricamente, los militares soviéticos (más específicamente el Ejército) irrumpen con fuerza en el esquema político a raíz de la sucesión de Krushev en 1964, y, tal cual lo afirma la autora, ello no necesariamente implica reconocerle un papel en su destitución, pero su neutralidad fue un factor de alianza con sus adversarios (pág. 158). Es necesario agregar que el grado de frustración y descontento que generó entre sus filas el deshonroso desenlace de la crisis cubana dos años antes no colocaba a Krushev en la mejor postura frente a los militares. Es a partir de fines de 1964 que el Partido y Gobierno soviéticos deciden impulsar una política de defensa más audaz y expansiva que la seguida hasta entonces. En los años que siguen, el Estado soviético asignará y reasignará los recursos indispensables para asegurar un equipamiento y una renovación completa de sus fuerzas armadas y, paralelamente, se les confiere un status más preferencial en los diversos ámbitos del poder político. Este nuevo status de las fuerzas armadas

hay que ubicarlo en el plano de la política mundial de esa década, período en el cual la Unión Soviética accede a un papel internacional cada vez más destacado y más acorde con su carácter de superpotencia. En otras palabras, la importancia que le cabe a la política internacional en el nivel de las decisiones internas y su situación objetiva en el sistema político mundial, estimulan una mayor presencia e injerencia de los militares en la vida política de la URSS, combinación algo indeseada por algunos sectores del Comité Central, pero al fin y al cabo impuestas durante la gestión de Brezhnev (págs. 149-161), quien además reúne los prerequisites de militar y estadista. Como es de sobra conocido, es durante el período de Brezhnev (1964-1982) cuando se evidencia con mayor énfasis un crecimiento y diversificación de la influencia internacional de la URSS, respaldada por un esfuerzo bélico sin precedentes y que en gran medida ha traído como resultado el resurgimiento de la tensión Este-Oeste y cuyo principal y eventual teatro de operaciones se sitúa en el centro del continente europeo.

El libro de la profesora Carrère d'Encausse fue editado en París en 1980, año en el cual aún no se avizoraba ningún cambio trascendental en la élite gobernante de la Unión Soviética. Por lo tanto, no alcanza a cubrir los efectos producidos por la muerte de Brezhnev, la sucesión de Andropov (y la ascendiente relevancia de la KGB) y el hermético interregno que le cabe a Konstantin Chernenko. Pero ello no es un impedimento para reconocer la aguda penetración de su análisis, la gran coherencia de sus conceptos y, sobre todo, entrega una visión pormenorizada y rigurosa de uno de los más inescrutables sistemas políticos imperantes en la actualidad.